

LA VIDA DE UN PERIODISTA

JOSE MANUEL EIZAGUIRRE

POR

Juan Rómulo Fernández

SÍNTESIS BIOGRÁFICA

No se trata de un político afortunado o de un héroe de esos que surgen de pronto a la notoriedad y deján por un momento absortas a las multitudes. Sin embargo, al morir este hombre que se llamó José Manuel Eizaguirre, el país tuvo la sensación exacta de haber perdido un varón eminente. Fué grande por su labor, por sus anhelos, por sus ideales, por sus enseñanzas y, sobre todo, fué grande como patriota. Viviendo, no hacía ruido; casi pasó inadvertido para las masas: tan grande como su pensamiento era su modestia, según lo dice el hecho de que el mecanismo de enorme poder dentro del cual ocupaba una posición muy destacada, La Prensa, no fué puesto a su servicio personal en forma alguna; y será preciso reconocer la suma de virtud que hoy en los directores o pilotos de diarios que no hablan de sí mismos y que viven como sustraídos a las solicitudes y halagos de la popularidad y de la gloria, efímera, pero tentadora. Y digamos de paso que ahí radica, precisamente, la fuerza moral de un diario de propaganda, que no es órgano de partidos, ni de sectas, ni de hombres, sino de opinión: que recibe los estímulos de la opinión pública y la orienta hacia el mejor cumplimiento de sus destinos.

Don José Manuel Eizaguirre, que falleció el 27 de diciembre de 1930, en forma imprevista —terminada una intervención quirúrgica a que se le sometió, no volvió de la anestesia—, era, desde la desaparición del doctor Adolfo E. Dávila, quince años atrás, jefe de redacción del nombrado diario. Contaba a la sazón, ahí mismo, más de treinta años de labor periodística. Y ¡qué labor la suya! Sesudos editoriales salían de su pluma, penetraban en todos los rincones del país y repercutían por el mundo, pues el editorial de La Prensa era y es muchas veces leído, al mismo tiempo que en Buenos Aires, en Nueva York, en Londres, en París.

Eizaguirre era un periodista completo. Conocía la tradición ideológica del diario y estaba atento a todas las corrientes de los acontecimientos argentinos y universales; y todo eso pasaba por el tamiz de su cerebro y se transformaba en palabra escrita, palabra sabia, justa y bella. Trabajaba, además, como un titán, sin tomar descanso, y con una intensidad permanente que sólo es posible en naturalezas privilegiadas, como era la suya.

Dejó Eizaguirre, además, algunos libros, lo único que se conocía con su firma. Esos libros, o por lo menos los últimos, fueron, en oportunidad de su respectiva aparición, comentados. Hay en ellos la médula de un robusto pensador. Versan sobre asuntos históricos, materia en la que Eizaguirre fué un erudito de verdad. La Patria (1892), La Bandera Argentina (1900), El pasado en el presente (1924), Cómo se formó el país argentino (1927) y ¿Dónde está el pueblo? (1929), fijan la trayectoria de su pensamiento, en constante ascensión y dentro de una perfecta unidad.

Todas las características de su vida —contaba 68 años de edad y había nacido en la ciudad de Buenos Aires—, lo exhiben como un varón de absoluta austeridad y de aptitudes sobresalientes. Los que estaban cerca de él apreciaban los valores del amigo y del maestro. Sus discípulos en el periodismo recogieron cuando menos en parte la hermosa herencia de don José Manuel Eizaguirre.

Un periodista que encarna la tradición de un diario es siempre personaje de actualidad, puesto que la prédica de tal órgano comporta una reiteración, vale decir, una idea afirmativa y en marcha.

I. El hombre

Era un rey de la selva. Se erguía como un león. Bramaba como un león. Poseía la fuerza del león. Tierno y fuerte, armonioso y arrogante, su alma era un lirio que en ocasiones crepitaba como un volcán. Mirado en distintas horas del día, percibíanse, sucesivamente, sus facetas; pero por todas ellas era un puro diamante luminoso.

Su voluntad de trabajo era admirable, tanto como era inagotable su potencia volitiva. Durante doce horas continuadas, y a veces hasta dieciocho, permanecía en la mesa de labor. Y todo era trabajo, todo, hasta los paréntesis abiertos para inquirir o disponer, porque eso estaba dentro de la elaboración del pensamiento y del cumplimiento del deber; y ello un día, y el siguiente, y así hasta el postrero.

El día anterior al de su fallecimiento hablé con él durante buen rato. ¡Qué lúcido estaba su cerebro! ¡Qué grande aparecía

su alma! Hablamos del poeta Virgilio y luego, situado en su sofá de pensador, trazó un panorama perfecto de la situación del país. Apenas el timbre de su voz era más grave que de costumbre. Pero los conceptos eran precisos y enérgicos y sus palabras, como de bronce. Este hombre no puede morir todavía, pensé. Y me pidió datos, “porque tengo que escribir —fueron sus palabras— tres editoriales para *La Prensa*”.

Era ciertamente un gran hombre. Su ascendencia vasca entroncábale con aquellos fuertes varones del tipo de Loyola. También Facundo, el legendario adalid de los Llanos de La Rioja, asomaba en la pupila que a veces encendíase como luminaria en la selva de su rostro. Sólo en los últimos días hubo un rictus de tristeza en sus ojos, aquellos ojos negros que tan bien reflejaban las imágenes de introversión. Sería el presentimiento del fin, y que por altivez ni a sí mismo se lo confesaba.

Figura de gran señor —erguido el busto, ancho de espaldas, elegantemente barbado el óvalo facial, la nariz imperiosa, alta la frente, renegrida la seda de sus cabellos y todo él lleno de expresión— hubiera podido servir de modelo a Miguel Angel para su Moisés.

Su austeridad, en el juicio y en la acción, era un espejo. No concebía cosas ocultas; torcidas, tampoco. Su inquisición era franca, diáfana, así cuando iba a lo introspectivo como cuando iba, aquilina y penetrante, hacia lo exterior. Proclamaba la excelencia de la línea recta; al mismo tiempo que desechaba la línea del menor esfuerzo. Hay que poner toda la carne en el asador, decía, así como nuestros padres, que no descansaron un solo día: que hicieron las cosas.

El hombre era exaltación de la vida. Su reciedumbre denunciaba su vitalidad y su espíritu, siempre despierto, coronaba lo alto como la luz de una lámpara votiva. Se sentía apenas una partícula en el mundo, él que era algo en el mundo. Pero era sobre todo una psiquis en tensión constante. Nada ocurría o pasaba a su lado sin agudizar su exquisita sensibilidad. El universo refractábase como un paisaje en su mente. Estaba como un pináculo, tocándolo todo y diciendo a los hombres y a las cosas: adelante, ¡ade-



lante! Y las cosas y las personas animábanse ante su palabra, además de hombre-motor.

Desbordante de espiritualidad y de vigor, fué grande en el ideal, fuerte en el conocimiento y generoso en el cariño. No concurría a reuniones ni espectáculos; pero percibía el ritmo de la vida que pasa. Hombres representativos lo buscaban en su bufete para hablarle y escucharle.

Esa veta de candor, que cual concesión a la frivolidad hay siempre en los hombres de valía, quedaba a veces al descubierto, y el humanista resultaba entonces un hombre ingenuo.

Ramiro de Maeztu, publicista y embajador de España en la Argentina, dijo en rueda de periodistas una noche, después de una extensa conversación con Eizaguirre: "Al salir de mi patria me dijeron que este hombre es un monumento; pero después de haberlo tratado me resulta una montaña".

De cuantos he conocido en los senderos de la vida ningún hombre me ha producido la sensación de arquetipo como me la produjo Eizaguirre. Por la energía creadora, por la plenitud de acción y por la facultad de meditación reconcentrada y de abierta euforia para los goces humanos, era algo así como un símbolo de las inquietudes que perduran en la especie.

Las cuestiones metafísicas atrajeron siempre la atención de Eizaguirre, y no fueron pocas, ciertamente, las horas durante las cuales sumergió su espíritu inquieto en los densos infolios de los filósofos paganos y de los padres de la Iglesia. Admiraba a los combatientes por la fe, como San Ignacio de Loyola y San Francisco Solano, que hicieron de sus vidas verdaderas milicias. Acerca de la elocuencia de fray Mamerto Esquiú, llamado "el orador de la Constitución", expresábase con caluroso elogio. Al historiador Pablo Cabrera, con quien había establecido amistad intelectual, guardábale alto aprecio; y es así que en una hoja apegaminada, al frente de un ejemplar del libro *Córdoba*, publicado en Córdoba en 1898, se lee esta dedicatoria: "Córdoba, diciembre 15: 1898. Al pbro. doctor don Pablo Cabrera. Deseo ardientemente que se cumplan mis votos y anhelos, "que Crisóstomo lo anime y Jerónimo lo dome". Nuestro país le presenta vasto campo para

su acción como soldado de Cristo. Qué placer íntimo, si en las faldas de la montaña le veo alguna vez como guía. El gran descenso!... reclama grandes almas. Siempre — José Manuel Eizaguirre”. En esas palabras en las que evoca el verso de Ruben Darío a Esquiú, está el hombre que conocía la enseñanza cristiana y que reconocía al creyente, al estudioso y al patriota que era monseñor Cabrera. El racionalismo que con el andar de los años fué ganando la mente de Eizaguirre, hasta disponer, pocos años antes de su fin, la cremación de sus restos mortales, no le impidió mostrarse respetuoso ante los dogmas de la religión. Del propio modo, cuando rememoraba el catolicismo de su madre el hombre adusto se enternecía.

II. El periodista

Es la del periodista la fase más destacada en la vida de Eizaguirre. Muy joven aun, se definió en él la vocación del hombre de diario. El diario, instrumento moderno, signo el más perfecto de la época actual en el mundo, constituye, cuando lo manejan espíritus superiores, un poderoso instrumento de trabajo social.

Primeramente, y según correspondía, ensayó la pluma en periódicos de segundo orden. Cuando el concepto hubo madurado y el estilo se hubo plasmado en formas definitivas, ingresó en *La Prensa*. Corriendo el año 1900 fué que inició su labor de alto rumbo en este diario que ya era el primer órgano de publicidad en el país. En contacto con el fundador, don José C. Paz, y con los hombres de la primera época del gran diario argentino, tales como los doctores Pellegrini, Dávila, Lobos y Zeballos, amplió Eizaguirre su horizonte mental y llegó a adquirir el dominio de las cuestiones que competen a una tribuna de opinión escrita. Su poderosa inteligencia, su voluntad de trabajo y su capacidad de comprensión, hicieron lo demás. Durante el espacio de tiempo que va del presente siglo, Eizaguirre cooperó con su actual dirección en la tarea de mantener la tradición del diario. Y a este respecto será justo reconocer que la unidad de inspiración en un órgano de prensa constituye una gran fuerza moral.

Eizaguirre fué un periodista completo. Recorrió el país, lo vió todo y todo lo observó atentamente. Después, estaba al día acerca de los acontecimientos del país, por medio de la información telegráfica, postal y fotográfica que el diario, convertido en una institución, tiene en las diversas localidades de la República, como también en los principales países del orbe. En este instrumento del diario Eizaguirre tocaba todas las cuerdas y cada una en su momento. Sobre la base del hecho, contrastado con la ley y con la doctrina, él deducía el comentario. En un diario, decía, todo procede de la vida y el diario encauza la vida. Simultánea o sucesivamente empleaba el microscopio y el catalejo, y en el puente de comando era siempre seguro: seguro y oportuno.

De las provincias, que recorriera como periodista, conservaba Eizaguirre recuerdos nítidos, sobre todo en lo concerniente al paisaje y a los hombres. Ese cofre retenía una imagen embellecida del país. Eizaguirre creía, por ejemplo, que los restos del general Paz deben descansar en la Catedral de la docta ciudad, y por su indicación escribió, quien ahora escribe, algunos sueltos periodísticos.

Desde los asuntos más trascendentales, como los que deciden de la suerte de las naciones o modifican el ritmo en la marcha de la humanidad, hasta los insignificantes, por ejemplo un tema de edilidad o una infracción policial, todos merecían su atención así que les llegase el turno; y escribía de cada uno con método, conciencia y profundidad. Su léxico rotundo tornaba cristalino el problema y presentábalo con un interés singular. Cada artículo suyo parecía el mejor de cuantos había escrito. El dato, la ley, la doctrina, todo estaba consultado, y así la pieza iba, cual un proyectil, derechamente hacia el objetivo: el bien público.

Escribió artículos que fueron en su hora capítulos magistrales de sociología y que tienen todavía un valor porque fijan rumbos.

Después de la Constitución de 1853, el estatuto más sabio y más humano que han escrito los hombres, la ley electoral de 1912 fué su complemento. En bellos y conceptuosos artículos Eizaguirre prestigió esa ley; y esos artículos constituyen el mejor monumento

para el presidente Roque Sáenz Peña, que la promovió. Y cuando el gobierno provisional surgido de la revolución de 1930 expuso el intento de reformar la ley electoral, Eizaguirre se levantó como un apóstol que ve el dogma amenazado.

Cierto día Eizaguirre respondió a un joven que le preguntó cuál era su grado de confianza en el porvenir de la cultura, con estas palabras:

“El alma argentina, que es la exteriorización de una raza nueva de enorme vitalidad, forja en estos momentos el gran movimiento de ideas que debe colocarla a la cabeza de las naciones de América. Desde nuestro suelo, necesariamente, se ha de dirigir la evolución intelectual del continente. Uno de los principales factores es el periodismo. Los primeros órganos promovieron algunos problemas. Los diarios de hoy informan, aleccionan e instruyen. Esta última modalidad está tan cuidada como la primera. Corroboran mis palabras, el hecho de que haya dado material para muchos libros. En sus columnas combina, pues, lo efímero del accidente con el estudio de las causas y de los efectos, que pueden dar lugar al proceso de una época y provocar los estados de ánimo que conducen los pueblos hacia los más bellos anhelos de progreso”.

El llevó al periodismo, dentro del siglo en que el periodismo nació, vocación y talento, y el ejercicio del periodismo le dió a él estímulos para sus facultades, a la vez que agrandó su visión personal, y esto le proporcionó la mejor tribuna de labor de que se puede disponer.

Sus artículos, reunidos, formarían un monumento de ciencia, de derecho y de ética, sin desmedro del arte en cuanto es éste aplicación de elocuencia.

Pero además de editorialista que exprime la esencia de su pensamiento, había en Eizaguirre el piloto diestro y listo que armoniza; llegada la oportunidad, todo lo que hay en el vasto mecnismo de un diario. Su mesa de labor, con un orden que él sólo entendía, estaba cubierta de libros, manuscritos, pruebas de imprenta: combustible para la enorme máquina del diario. Difícil resulta hoy formar idea cabal de lo vasta, compleja e intensa que es la labor de un periodista como Eizaguirre.

Dicho en otras palabras. El redactor en jefe en un diario moderno tiene que ser fundamentalmente hombre de ciencia, pensador y sociólogo y, subsidiariamente, espíritu ágil, brillante pendolista, héroe por la voluntad, uniforme en el esfuerzo, diáfano en el criterio. Pues todo eso fué Eizaguirre en un grado que supera la común medida humana.

Y así pasó treinta años, sin una declinación; sin un desmayo, con la precisión de un astro que cumple mecánicamente el principio de movimiento.

III. El demócrata

Su concepto de la democracia como régimen político provenía de hondas reflexiones. La democracia tiende a la verdadera fraternidad entre los hombres. El poder público se vuelve así eje de rotación de ciudadanos y, como tal rotación, lima las aristas y establece el equilibrio en la sociedad. Un poder heredado crea privilegios, desigualdad y divide, en tanto que el gobierno del pueblo para el pueblo constituye el desiderátum de la armonía entre los hombres.

Aplicado el concepto a nuestro caso tenemos ciertos hechos notorios. Los primeros gobernantes argentinos fueron grandes constructores: Rivadavia, precursor; Urquiza, Mitre, Sarmiento, Avellaneda, realizadores. Esos hombres llegaron al poder como resultado del instinto de las minorías cultas. Pero andando el tiempo la oligarquía patricia que en cierto modo llegaron a constituir se hizo oligarquía viciada.

Treinta años después del 80, año que cierra aquel ciclo del patriciado, otro presidente —Roque Sáenz Peña— promovió la reacción al entregar al pueblo, en una ley electoral, el instrumento de la soberanía. Los primeros resultados de esa ley fueron poco satisfactorios; sin embargo, más que en el pueblo, la culpa estuvo en los elegidos. En busca de mejores prácticas el pueblo eligió hombres del llano. Dos veces fué elegido libremente Irigoyen y como éste no respondiera a todas las aspiraciones del pueblo — a pesar de estos tres títulos positivos: haber democratizado el país,

haberlo mantenido en la paz internacional y haber guardado sus riquezas naturales, desoyendo instancias extrañas relativas a la tierra y al petróleo—, el mismo pueblo lo abandonó.

Eizaguirre alcanzó a presenciar tales hechos, sin que flaquease su fe republicana. Los comprendió y los explicó. Ya tenemos la revolución, pero ¿y lo que vendrá? —se dijo—. La explicó como un fenómeno social. El pueblo que había elegido por gran mayoría a un presidente, lo excluía dos años después. ¿Es que el pueblo había elegido mal, entonces? No tanto; fué el elegido el que, enfermo y cansado, perdió contacto con su pueblo y su época: gobernó mal, y cuando quiso abrir los ojos, había sido depuesto por ese populus que se acercó después a la tumba para darle un adiós cariñoso... en el llano.

El pueblo aceptó la revolución; los hombres colocados al frente del poder público se equivocaron, empero, otra vez: de la cuestión social quisieron hacer una cuestión política, es decir, útil para un determinado partido: para el partido de la oligarquía viciada. De los propósitos no pudieron cumplirse sino los de utilidad inmediata; los otros, —formar un partido conservador, reformar la Constitución, derogar la ley electoral,— fracasaron. (Evidencia la falsa posición de tales hombres, por ejemplo, el no haber comprendido ellos que los partidos no se hacen desde el gobierno, precisamente porque la democracia es una función del pueblo en su estado auténtico de multitud). Eizaguirre, antes de morir, tres meses después de la revolución de 1930, había advertido la realidad y puesto los primeros reparos al gobierno de facto que así desviaba el sentido de los acontecimientos.

Con posterioridad a la muerte del sociólogo esos acontecimientos confirmaron su visión. El mismo pueblo que derribó a Iriyoyen contuvo a la dictadura en las primeras elecciones, es decir, por el uso del instrumento de la democracia: el 5 de abril de 1931 en la provincia de Buenos Aires. Vale decir que a siete meses de la revolución, el partido radical, desalojado del gobierno triunfaba en las urnas manejadas por los revolucionarios.

Y ¿cómo miraba Eizaguirre el caso de San Juan, pueblo con una tradición viril y sin embargo sojuzgado a una demagogía lo-

cal? Como un fenómeno igualmente lógico hasta ese momento: una familia gobernante había surgido como expresión de la masa olvidada. Era, como siempre, una reacción. Pero la revolución sanjuanina que en 1934 puso término a ese estado de cosas, fué también el fenómeno natural de su época.

Los que se quejan de la democracia mientras se hallan bajo la impresión de los primeros tropiezos, son hombres impacientes. Olvidan que el pueblo posee un sentido de orientación más fino y más sano que el de los hombres y de las clases dirigentes. Vota, y sólo va a lo violencia cuando no lo dejan votar.

Son, pues, los políticos los que están en error. Creen que bastan en su favor la astucia y el azar y prescinden de la interpretación del sociólogo, que es el hombre de luces y sin intereses. Por eso fracasan a plazo más o menos breve. Los políticos son como los pescadores que en la costa aprovechan la hora del reflejo del mar —los momentos de apatía— para arrojar o recoger su red. El pueblo los ve a su paso y a veces sonrío.

El pueblo, repitamos, es menos incauto de lo que muchos creen; y cuando llegan ciertos casos se levanta como una fuerza imponente. En lo que va de este siglo, el segundo de nuestra vida independiente, hemos visto al pueblo de Buenos Aires levantarse en tres ocasiones: bajo la emoción del centenario de Mayo, en la semana trágica de la postguerra y para defender la integridad del Himno. Esos tres momentos de puro idealismo bastarían para probar la existencia de un pueblo que ve más certeramente que los dirigentes.

Y si tenemos en cuenta que Eizaguirre fué, en 1927, el chispero del movimiento por un símbolo de la argentinidad, el Himno, comprenderemos la raíz, la sinceridad y la extensión de su espíritu democrático.

La libertad es inherente a la naturaleza humana, así en el individuo como en la masa. Cierto que cuando se disfruta de la libertad sin los cauces de una educación superior, suele caerse en el abuso. Del abuso se vuelve violentamente a la restricción. Suiza es un país bien educado; vive en libertad sin extralimitaciones.

Otros países han debido sacrificar la libertad al orden, y ello por causa de una educación incompleta.

Así apreciaba los acontecimientos en 1930 el demócrata que fué Eizaguirre.

IV. El investigador

Al lado del general Mitre, del que fué secretario durante algún tiempo, Eizaguirre adquirió el hábito de valorizar los trabajos de investigación histórica. No podía el joven escritor darse un maestro más cabal: crítica, conciencia, perseverancia, formaban el bagaje del obrero que levantó, en dos obras, dignos pedestales para nuestras dos más altas glorias militares. Después, Eizaguirre robusteció su juicio penetrante con el ejemplo de Groussac, el censor más severo de nuestra historiografía.

En la distribución de su tiempo Eizaguirre tenía horas destinadas a esos trabajos. Incunables, códices y toda suerte de documentos pasaban por su mano y él experimentaba entonces la fruición del avaro que recuenta sus caudales. Autógrafos de San Martín, de Esquiú, de Sarmiento, de Avellaneda, de Roca, cuidadosamente puestos en marcos, eran adornos en los muros de su escritorio.

Estaba al día, además, en la producción escrita. A las obras europeas leíalas, generalmente, en su idioma originario; sobre todo a las obras publicadas en lenguas derivadas del latín. Era un insaciable lector de libros, revistas y diarios. Cada cosa le interesaba por algún motivo especial. Su curiosidad intelectual era absorbente.

Minucioso en la búsqueda y escrupuloso en el dato, no quedaba satisfecho sino cuando la investigación había agotado sus recursos. Su folleto *Sarmiento, maestro de energía*, contiene un error inicial —acerea del nombre del prócer—, pero cuando ante una copia fotográfica de la partida de nacimiento, tomada en la parroquia de la ciudad de San Juan, comprobó que el nombre de pila era "Faustino Valentín", se apresuró a efectuar la enmienda, lo que consta en el libro *¿Dónde está el pueblo?* Por otra parte,

a la vez que perfeccionaba el estilo en sus manuscritos primero y luego en las pruebas de imprenta, cotejaba nuevamente cifras, nombres y demás antecedentes del punto tratado. Quería que la obra saliera perfecta, ya se tratase de un libro, de un opúsculo o de un artículo de diario. Y la obra salía perfecta de sus manos.

Era irreductiblemente contrario a las improvisaciones, no sólo en la tarea intensa del volumen de doscientas o trescientas páginas, sino también en la hoja volandera que se lee de pasada. En la redacción del diario estudiaba él y encargaba siempre que se estudiaran los asuntos. Un órgano responsable no debe ponerse en el caso, decía, de tener que rectificarse mañana de lo que afirma hoy. Iba al fondo de las cuestiones con su escalpelo de investigador. Por eso su primer libro apareció firmado con el seudónimo "Escalpelo".

Esa paciencia de benedictino, indispensable en el investigador concienzudo, no reñía con la rapidez de visión que caracterizaba al periodista. Ambas condiciones, en realidad, se completaban en él. El hombre de prensa no cerraba el paso al investigador. El investigador era el protoplasma. Del investigador salían el sociólogo y el historiógrafo; del investigador salía esencialmente el periodista.

V. Anécdotas de Eizaguirre

Los argentinos con que más simpatizaba eran: San Martín, por su entereza; Urquiza, al que llamaba "el libertador de los argentinos"; Sarmiento, arquetipo de energías; Pellegrini, en cuanto creador de nuestras entidades económicas, y Juan B. Justo, como planteador de problemas.

A Mitre hay que reconocerle —decía Eizaguirre— un magisterio de medio siglo, realizado con intachable pureza.

Aquel gran periodista que fué el doctor Dávila trató como argentino los problemas fundamentales de su época, y tuvo —añadía— que baldear en su propio pozo.

Un día que el doctor Zeballos cobró ciertos honorarios se fué derecho a un banco y pidió su cuenta. Le contestaron que ahí él no debía nada. El cliente insistió y hubo que ir al archivo del establecimiento. Al fin se halló un vieja deuda pasada ya al renglón de ganancias y pérdidas. Zeballos efectuó el pago y se despidió con ademán solemne. Un argentino debe cumplir como tal con los ingleses — expresó Eizaguirre rematando la anécdota.

Acerca de los títulos tenía Eizaguirre un concepto relativo. Cierta vez contó lo siguiente:

Un abogado muy lleno de melindres fué a saludar al doctor Bernardo de Irigoyen, a raíz de su derrota presidencial del 86. “¡Buenas tardes, doctor! ¿Cómo está usted, doctor? ¿Qué me dice, doctor?”. Hasta que Don Bernardo, en tono severo, sin ser áspero, respondió al visitante: “Yo soy el señor Irigoyen. Doctor es cualquier tinterillo de por ahí”.

Cuando el doctor Carlos B. Quiroga se radicó en Buenos Aires, fué a saludar al señor Eizaguirre.

Este le dijo al visitante:

—¿Qué me dice, que se viene de Catamarca? Si de las provincias se vienen los que saben leer y escribir ¿quiénes se quedan allá? ¡Pobre país, amigo!

A propósito de un prólogo de Biedma donde, a continuación del nombre de San Martín había un paréntesis con esta exclamación: “¡De pie al nombrarle!”), una vez contó lo siguiente:

—Trabajaba Biedma en su escritorio. En el piso bajo del edificio una niña ensayaba al piano el Himno Nacional. Cada vez que la niña atacaba la introducción del himno Biedma dejaba la pluma y se ponía de pie. Los ensayos duraron un par de horas y Biedma no pudo terminar el artículo que se había propuesto escribir.

Alguien comentó una noche:

—Hombres mal dormidos, mal comidos, perennemente acosados por la miseria frente a la prosperidad ajena ¿cómo han de ser sino neurasténicos, envidiosos, negadores; sobre todo negadores de sus compañeros en el periodismo?

Y Eizaguirre contestó de este modo:

—Bueno que fueran pobres de bolsillo: así producirían algo para el espíritu; pero es que muchos de éstos son unos pobres conejos de cerco.

A él, que era hombre de pensamiento, le gustaban los hombres de acción. Los caudillos han contribuído —decía— a consolidar el país. Y reprochaba a los que viven criticando a los gobiernos y no van siquiera a votar en los comicios.

Era finísimo con las damas. A una le preguntó cierta vez:

—¿Leyó, señora, el soneto de Carlos Melo, publicado en *La Prensa*, hoy?

—¿Las “Diosas mutiladas”? Sí, lo he leído. Yo soy una de ellas.

E indicó su melena, sonriente.

Ahora —añadió él— a dejarse crecer otra vez el cabello.

VI. El publicista

Dicho queda que Eizaguirre pasó su vida entregando prosa a las rotativas que imprimen decenas de millares de ejemplares por hora, maquinarias que constituyen el mayor prodigio de la mecánica. Pero también Eizaguirre escribió libros. Los libros de Eizaguirre no revelan toda la potencia cerebral del hombre. Valen, aunque no todo lo que valía el autor. Y es que la labor periodística lo absorbía por entero.

Tal vez el más importante de sus libros sea *Los pactos pre-existentes a la Constitución de 1853*, el que tenía listo y al que no conocemos sino en pequeña parte y por algunas referencias del mis-

mo Eizaguirre. En su último volumen publicado hay un capítulo final con este subtítulo o acotación: *Pórtico de un libro que ya no escribiré*. Es una elegía, de insuperable belleza, y sin duda al estamparla allí experimentó la nostalgia del que quisiera más luz y más vida, como Josué frente a Jericó, como Virgilio en Atenas, para terminar su obra.

Su obra de este tipo es casi toda historiográfica. Escribió historia porque “obedecía al propósito de dar en síntesis a la masa popular antecedentes claros de la formación material y espiritual de nuestro país”. La juventud estudiosa tiene en los libros de Eizaguirre un mineral a flor de tierra.

El amor al paisaje y el apego a los símbolos son, en realidad, afluentes que van al cauce maestro. De estas corrientes proceden sus dos libros *Tierra del Fuego* y *La Bandera*. A partir de esos trabajos el pensamiento de Eizaguirre fué en ascensión constante.

Poseía la facilidad de atraer las cosas hacia sí para adaptarlas a su personal tesitura. Su tesis era, por ello, “el pasado en el presente”. Leyendo a los griegos alcanzaba la serenidad de un Sófoles. Escribiendo sobre los descubridores y conquistadores le henchía las velas a la imaginación el espíritu de aventura.

Un afán de cultura movía su pluma y siempre escribía sobre cosas concretas. Nuestra cultura, dijo una vez, es gestación de acontecimientos. Sostenía, además, que nuestra cultura es típica por sus condiciones de origen y particularidades de desarrollo.

Cuidaba el estilo como Flaubert. Parecía que nunca iba a terminar de corregir sus manuscritos y, después, las pruebas de imprenta. De este modo adquiría su prosa una pulcritud, una limpieza y una precisión admirables.

Detestaba las anfibologías del gerundio, aquí donde todos o casi todos los escritores son gerundianos, y rehuía las opiniones ondulantes, que insinúan algo y nada fallan; y en cierta ocasión, a propósito de cenáculos literarios, expresó lo siguiente:

“Pilatos falló y, sin embargo, no condenó a Cristo, aun cuando por sus palabras fué Cristo sacrificado. Es cómodo poder lavarse las manos después de todos los hechos, pero es de estricta higiene moral tenerlas limpias siempre. No es el caso, dirán ustedes,

pero debo decirles que, si bien es cierto que amo los viejos tiempos con el nostálgico deleite que nos produce a todos aspirar los perfumes del sándalo no extinguidos en un viejo armario, los hombres que fallaron con las pasiones de las agrupaciones cobardes, mueven en mí las más grandes repugnancias”.

Este pensamiento lapidario no podría escribirlo sino un esteta que fuese esencialmente un filósofo.

VII. Los últimos libros

“El pasado me ha atraído como punto de partida y como fuerza de orientación y he tratado de comprenderlo para integrarlo con su pensamiento la vida presente”. Así reza su libro *El pasado en el presente*, aparecido en 1924, y tal es la tesis sostenida. La historia que fué y la que vamos haciendo es para él un fenómeno centralizador del presente, del pasado y del porvenir. En otras palabras: cómo los hechos del pretérito hieren nuestra sensibilidad de hombres de hoy y en qué forma la historia se vuelve una cosa útil. Según se advierte, Eizaguirre es un pragmático. Y dentro del cuadro de tal libro cobra vida actual el panorama de las instituciones y se destacan la campaña, la ciudad, la familia, la casa, la iglesia, la escuela y todo lo que puede dar a una raza lugar en el espacio y en el tiempo.

El proceso de formación de nuestro país no había sido expuesto en su doble aspecto histórico y social. Por primera vez lo hizo en 1927 un escritor argentino, ciertamente capacitado por su erudición y espíritu crítico para dilucidar el vasto problema. Cómo fué conquistado el territorio; cómo aparecieron las primeras manifestaciones de vida civilizada, la que comprende la familia, el trabajo, el idioma y la religión; cómo las masas colectivas despertaron al anhelo de soberanía popular; cómo se operó el fenómeno de la emancipación política del antiguo virreinato del Río de la Plata, y cómo, tras un período de luchas internas y de ensayos, se llegó al imperio de la Constitución: he aquí los puntos cardinales del libro *Cómo se formó el país argentino*, de don José Manuel Eizaguirre.

De esos puntos, que constituyen el fundamento histórico, el autor deduce comentarios de orden social. El problema étnico adquiere entonces esencial importancia. Para Eizaguirre, país que se purga del indianismo evoluciona y progresa e inversamente, país donde el indianismo prepondera, se estanca y retrocede. La República Argentina es el país americano que ha estratificado mejor su sociabilidad y que ha realizado más amplios, rápidos y uniformes progresos; pues ello se debe, en opinión del autor, al hecho de que es el país del Nuevo Mundo que posee hoy sangre más limpia.

En tres cuadros presenta el libro datos y cifras sobre la población de las provincias y territorios federales que forman la Nación Argentina, tomados de los diversos cálculos y censos, a partir del de 1797 y por cierto de los censos de 1869, 1895 y 1914, y sobre la población calculaba después del censo de 1914, lo que dió, en 1927, 10.646.814 habitantes.

Los datos y cifras del segundo de esos cuadros establecen que el elemento europeo que entra en mayor proporción en la elaboración social de nuestro país, es el italiano. (El censo de 1914, con-
signa 929.863 italianos, mientras que españoles sólo 829.701). De ahí que la denominación de hispano americano, que corresponde al pueblo argentino de 1810, se haya trocado por la de latinoamericano de hoy.

El americanismo, dice Eizaguirre, se ha nutrido y seguirá nutriéndose, política y científicamente hablando, en las fuentes y en los métodos europeos, que forman la cultura actual más adelantada, mientras que el indianismo, que es idea de tribu, de zona, de región, no tuvo ni tiene la amplitud de una idea social, ni domina el panorama de América.

Pero si la República Argentina es un gran crisol en el que se funden y amalgaman las razas para exaltar luego las características de la modernización de la Nación Argentina, los gobiernos argentinos tienen el deber de vigilar los aluviones inmigratorios, porque una nación supone y exige una raza histórica empeñada en la tarea de alcanzar la personalidad, la perfección y la perennidad posibles.

Como se nota, este libro contiene la visión de un estadista.



Eizaguirre ausculta las palpitaciones del alma nacional y orienta, con sano y sabio pensamiento, a las corrientes de opinión pública argentina. Además, advierte a los gobernantes de hoy y del futuro, al modo de un prócer que hablase desde el fondo del pasado, sobre un punto que afecta a los fundamentos mismos de la nacionalidad.

En su libro *El Senado del 90* desfilan, y adquieren todo su relieve, los hombres representativos de una singular época de nuestra historia.

El capítulo sobre los navegantes ibéricos, de uno de sus libros, pinta en una página la firmeza del carácter de Magallanes, y puede parangonársela con páginas de Macaulay. Parece, además, que tal retrato es un autoretrato. Hubo en Eizaguirre, positivamente, la acerada consistencia del ánimo natural en los intrépidos nautas que ciñeron con sus brazos el globo terráqueo.

¿*Dónde está el pueblo?* es su postrer libro. La sola interrogación contenida en el enunciado epígrafe nos presenta al sociólogo. Esa pregunta fué formulada en 1810, desde el balcón del Cabildo. Ahora Eizaguirre le ha dado la correspondiente respuesta. El pueblo hizo la Revolución; el pueblo hizo la independencia; el pueblo hallará siempre la senda para el mejor cumplimiento de sus destinos.

Los capítulos que integran este libro, varios de ellos recogidos en el acervo periodístico, tienen valor definitivo. Las semblanzas de Monteagudo, de San Martín, de Urquiza, de Mitre y de Sarmiento, son ensayos de fuste, sin igual en nuestra literatura. Las páginas en que evoca la memoria del doctor José C. Paz, primer periodista de diario moderno en nuestro país, poseen una fuerza y una emoción que les dan extraordinario relieve.

Este libro basta para perpetuar un nombre.

Veamos ahora el nexa que hay en toda esa obra histórica. En su primer libro, *La Patria*, aparecido en 1892, Eizaguirre había definido su concepto de patria, al decir que representa la reunión de todos nuestros hogares, tradiciones, voluntades, o sea la aspiración del hombre que busca el propio bienestar unido a sus hermanos. Después explicó en otros libros la asociación en el hogar, en el municipio, en el departamento, en la provincia y en la nación, ar-

ticulando todas las piezas del vasto mecanismo, de modo que todos los ciudadanos de la república pudiesen comprender qué son y dónde están.

VIII. Su argentinidad

Respondiendo a una encuesta planteada por una revista, — “¿Qué haría usted, si fuera Presidente?”, era la pregunta— Eizaguirre respondió: Si me fuese dado alterar los términos de la interrogación y decir lo que debe hacer un presidente, expresaría... Y formuló así, al vuelo, un programa de gobierno digno de aquel que trazó Sarmiento cuando en 1868, ya presidente electo de la República Argentina, recibió de la Universidad de Michigan el título de doctor honoris causa. Empezaremos a ser una nación, decía, cuando contemos cuarenta millones de habitantes. Habló entonces el pensador, el estadista, el periodista: el argentino. En una sola página, escrita al correr de la pluma, expuso todo lo que en el país es fundamental para obra de gobierno. Por eso empezaba por la población, problema básico en América, que es como si se expresase de este modo: tengamos primero el hombre, que luego lo educaremos hasta convertirlo en un ciudadano perfecto. Estaban en esa página las ideas de los próceres de Mayo, las de los constituyentes del 53, las de Alberdi, Pellegrini y Juan B. Justo; y estaba la Argentina del pasado, del presente y del futuro.

Pero al mismo tiempo que pedía inmigración y un mejor “standard” de vida para la colectividad, insistía, como se lee en las conclusiones de uno de sus libros, en la necesidad de que los gobiernos argentinos vigilen el resultado de los aluviones inmigratorios, porque un país, dijo, debe abarcar una larga tradición de masas sociales en acción común, y contener una nación.

Era Eizaguirre, en efecto, porfundamente argentino. Para él, nada estaba por encima de la patria. Esa argentinidad le venía de las raíces de la raza, del fondo de la historia y del conocimiento personal del territorio. En su concepto, el Virreinato de Buenos Aires es el origen jurídico de la Nación; en su concepto, primero fueron las intendencias, después las provincias y su corolario

fué la nación; en su concepto, a Rosas debe reconocérsele que defendió la integridad territorial argentina sobre la base de la jurisdicción virreinal. De ahí su federalismo doctrinario. Porteño como era, defendió fogosamente la autonomía de las provincias. Los políticos ven estas cosas desde sus respectivos reductos: son a ratos partidarios de la autonomía y a ratos partidarios del allanamiento, según se hallen en el poder o en la oposición. Sólo los hombres de principios, como Eizaguirre, guardan unidad de pensamiento y ajustan la práctica a la teoría.

No era contrario Eizaguirre al localismo. Cada uno haga su casa, que la ciudad se levanta sola; aplicado el procedimiento al conjunto, tenemos el país construido como una obra de esmero. Le llamaba localismo constructor a aquel que pone afán en mejorarse a sí mismo. La emulación no es envidia, ni el estímulo es excluyente. Cada región tiene su característica y cada ser debe tener algo que cuidar. Tal era otro aspecto del nacionalismo de Eizaguirre.

Ese nacionalismo exteriorizábase también en su apego a la democracia, la que en su criterio, según queda dicho, es la última expresión de la educación cívica. Estados Unidos y Suiza son democracias. A eso quería Eizaguirre que llegásemos nosotros. Y llegaremos, afirmaba con franco optimismo. Y era que él tenía fe en la argentinidad, porque fué un gran argentino.

Un artículo de cuatro columnas, escrito por Eizaguirre y aparecido en *La Prensa* del 27 de mayo de 1927, en defensa del himno tradicional argentino, fué el punto de partida de uno de los movimientos de opinión más extensos y hermosos de cuantos han conmovido al país, según queda expresado anteriormente. Hay un pueblo argentino: ¡véalo!, exclamaba Eizaguirre. Y en efecto, desde entonces hasta setiembre, en que el gobierno retiró su decreto de modificaciones en la música, el pueblo cantó el himno en las calles a toda hora.

IX. El amigo

En el seno de la amistad Eizaguirre era un hombre ameno, interesante, amable. La hora de la mesa permitía descubrir al ca-

ballero. Allí, sin la pirámide de papeles por delante y momentáneamente sustraído al torrente de preocupaciones, abría de par en par su pecho y de éste salía entonces la rosa de sus sentimientos. Siempre hallábase tema para la conversación. Y a la primera presión sobre el teclado, se desgranaban los pétalos de la flor, uno a uno, como una sonrisa y una caricia.

Había en su conversación un amplísimo panorama de vida, que se deslizaba desde lo fundamental hasta lo epigramático.

Otro instante parecido era aquel en que, al finalizar las tareas en el diario, buscaba un descanso en la conversación. ¡Qué placentero conversador era Eizaguirre en esa hora —de dos a tres de la madrugada— y cómo encantaba a los que tenían la suerte de oírlo! Desde los temas trascendentales hasta las simples anécdotas pendían de sus labios como una cascada de perlas. Una vez era la Biblia, considerada como el libro de los libros, y leída a la luz de la crítica moderna, la que realizan sobre todo los sabios ingleses y alemanes con todo el instrumental de las ciencias positivas. Otra vez el tema de la disertación era un poema nuevo, o una expedición polar o un cambio de gabinete en cualquier país. Y a veces, como va dicho, era una historieta la que hacía el gasto.

El razonamiento tenía un lenguaje, preciso, sobrio, convincente. La narración aparecía con un ropaje adecuado, y la anécdota era pintoresca, chispeante, sutil. Daba extraordinaria animación a las cosas. La voz y el ademán mostraban, dentro de un amplísimo arco, el alma de las cosas. Y las cosas, lo mismo que las obras y las personas, se moldeaban a sus manos y a su verbo.

Debía tener él su drama íntimo, porque el dolor, que perfecciona a los seres, hallaba en su alma una gran comprensión. Y llegado el momento, reía con espontaneidad y a fondo. Por otra parte, sus improntus eran compensados, a poco de producirse, con palabras cordiales.

No retaceaba —alguna vez le oímos este neologismo con retintín— la aureola a los predecesores y en la valoración de los contemporáneos era generoso. El aguijón de la envidia se mellaba en su pecho. Y a veces procedía por corazonadas.

“Los ojos de la mujer encierran su misterio”, dijo una noche

entre tantas; y en torno de esa premisa bordó un comentario de sabor platoneano, en el que no estaba ausente la psicofisiología.

En sus afectos se daba sin restricciones y sin cálculos.

El universo, la patria y el hogar pasaban ante nosotros en esas noches de tertulia. acerca de la cual dijo algún compañero que ese corro constituía el punto más luminoso en la ciudad de Buenos Aires. Borrábanse entonces las aristas del hombre de trabajo. Era, realmente, el ser que encantaba con su palabra, expresión de un pensamiento alado y bello.

Era, sobre todo, de los varones que forman conceptos propios acerca de los hombres y las cosas.

Al retirarse de la oficina de trabajo gustábale dar un paseo por la avenida costanera. Ver el río era para Eizaguirre todo un placer. Descendía del automóvil y a grandes trancos, bastón en mano, caminaba por el veredón de la avenida. Parábase, dilatada la mirada y se le oía decir algo admirativo. No sin pena tenía, en pleno invierno, que privarse de tal paseo nocturno. Parecía el porteño que como un guardián celoso cuidaba su río. El día anterior al de su fallecimiento, en marcha de su domicilio al sanatorio, quiso ir al río; y fué a verlo por última vez. Quién sabe qué rumores de arcano resonaban en su alma en presencia de ese río al que dedicó uno de sus más emocionantes escritos: *Las noches de la raza*.

Por la amistad Eizaguirre era capaz de realizar sacrificios que para sí mismo se economizaba siempre.

En el trato con las damas, que tanto placía a su espíritu, era pulcro, era sutil, era exquisito.

X. El maestro

Eizaguirre fué en todo instante un maestro. Su vasta erudición, su experiencia consciente, su espíritu místico, su comprensión amplia y su amor humano, permitíanle, sin esfuerzo de su parte y casi por sola acción de presencia, ejercer un ponderable magisterio. Para todas las situaciones en que una persona puede hallarse colocada, él tenía la palabra oportuna, de consuelo o de estímulo. Obreros de taller, artistas, profesores, iban a él y no iban

inútilmente. Su alma era fuente de saber y de consejo para las almas del prójimo. El maestro sabíase solamente un amigo.

Se planteaba, por ejemplo, una cuestión de jurisprudencia sobre el sentido moral de tal acción, y un experto abogado exponía con lucidez la doctrina argentina; pero Eizaguirre iba más al fondo y recordaba circunstanciadamente las fuentes originarias de nuestro derecho, desde don Alfonso el Sabio hasta Triboniano.

Cómo había leído tanto, se preguntaba uno ante aquel lujo de información sobre tantas cosas. Es que Eizaguirre poseía un sistema propio de lectura. Asimilaba y discernía. En esto tenía parentesco con Pico de la Mirándola y con Menéndez Pelayo. Una poderosa facultad de memoria era en él auxiliar realmente eficaz. La ejercitación había hecho el resto. Y era tan modesto de su saber como orgulloso de su prestancia.

Formó el espíritu de Ada María Elflein, y la obra escrita de esta mujer, la primera de su sexo que trabajó metódicamente en un diario, ha nutrido la mente de nuestra juventud a lo largo de una década. El maestro sobrevivió diez años a la discípula, durante los cuales enalteció la memoria de ella. Condición de grande hombre, también, esa de guardar el culto de un recuerdo.

Otros casos podrían citarse, e incluir entre ellos el del que estas páginas escribe; pero resulta preferible sustraer un escrito como éste a todo matiz de índole personal que se aparte del arquetipo objeto de esta semblanza.

Digamos en síntesis que Eizaguirre fué un maestro (del latín *magister*: muy principal o perfecto) con toda la gravitación espiritual que el término comporta, y que, como descubría valores, son muchos los que pueden dar fe de esta aserción.

XI. En conclusión...

En conclusión, José Manuel Eizaguirre era un bloque de líneas fuertes, pero armonioso en conjunto. El sol caía a plomo sobre su enhiesta sien. Hombre claro, le es aplicable el antiguo lema de la Academia de la Lengua: "Limpia, fija y da esplendor". Su labor escrita y dispersa casi toda, nutrió la mente de muchos,

polarizó los sentimientos de la masa y esclareció la idea de patria en el país. Escribió también algunos libros valiosos, bien que su pensamiento fué más completo y más alto en el círculo áulico. Pensó en la humanidad y discurrió sobre los más graves problemas que pueden provocar la atención del hombre. Desde la tribuna de un diario hizo historia, una historia trasparente, recta, aleccionadora, y ello porque por sobre todo hubo en él un periodista de su tiempo. Sin proponérselo, y porque tuvo el don de simpatía, realizó un profesorado de ideales y en torno suyo se formaron discípulos. A éstos corresponde ahora recoger las fascas que cayeron al desaparecer el maestro de periodismo.